

¿Hay futuro para el cine mexicano?



LEONARDO GARCÍA TSAO

El cine mexicano cerró la década con una situación que recuerda a esos chistes de la mala y la buena noticia. La mala es, claro, la muy reducida producción cinematográfica. Desde el consabido error de diciembre, el promedio de producciones no ha pasado, en promedio, de una decena de películas por año (cifra sólo registrada anteriormente en los años treinta). Bajo esas circunstancias, la industria se había reducido a un esfuerzo artesanal, en el cual los cineastas pueden compararse a heroicos orfebres empecinados en ejercer su oficio. La buena es que los números cambiaron en otro sentido. El extraordinario éxito comercial de *Sexo, pudor y lágrimas*, de Antonio Serrano, ha reanimado a la industria cuando más agónica parecía.

Las cifras no mienten. Esa comedia agrídulce sobre la crisis existencial de tres parejas de *yuppies* obtuvo más ganancias en nuestro país que *Episodio I: La amenaza fantasma*, de George Lucas, de mucho mayor potencial taquillero (para empezar, es una superproducción para todo público, apoyada por la machacona mercadotecnia hollywoodense). De hecho, *Sexo, pudor y lágrimas* se ha colocado como la tercera cinta de mayor éxito en la historia de la exhibición nacional, detrás de *Titanic* y la versión animada de *Tarzán*. Ni el cálculo más optimista hubiera adivinado semejante logro.

Eso ha transformado las reglas del juego. Nadie duda ahora que el público mexicano, a pesar de tantos años de dominio hollywoodense, sí quiere ver el cine de su país. Y eso abre las posibilidades de mercado. No es casual que una compañía transnacional como Twentieth Century Fox se haya interesado en distribuir el producto nacional.

Fue la misma distribuidora que, a través de una atinada campaña publicitaria, llamó la atención del público en torno a *La otra conquista*, de Salvador Carrasco. La película aborda el sincretismo religioso ocurrido durante la conquista por la imposición religiosa de los españoles, y desde luego no se trata de un entretenimiento espectacular y/o ligero, al gusto del espectador medio. No obstante, obtuvo ganancias que sólo pueden calificarse de sorprendentes.

Algo similar ocurrió con *El coronel no tiene quien le escriba*, la más reciente realización de Arturo Ripstein. El cineasta —el único constante en México— ha ratificado su eminencia gracias a una sucesión de obras notables como *Principio y fin*, *La mujer del puerto*, *La reina de la noche*, *Profundo carmesí* y *El evangelio de las maravillas*. Sin embargo, ninguna de ellas tuvo un estreno afortunado en nuestro país. Al contrario, Ripstein ha sido tanto más apreciado en el extranjero —fenómeno también vigente en cuanto a la crítica—, que *La mujer del puerto*, nunca exhibida comercialmente en México, se mantuvo por meses en la cartelera española. No se trata de un misterio inexplicable. El cine de Ripstein no se caracteriza por un intento de complacer al público con historias amables u optimistas. Son relatos teñidos de sordidez, protagonizados por perdedores aferrados a falsas esperanzas. *El coronel...* no es diferente pero cuenta con elementos más atractivos —el prestigio de García Márquez, la breve presencia de Salma Hayek— que sí rindieron resultados. Finalmente, buena parte del público mexicano se ha interesado por su realizador más sólido de los tiempos recientes.

Otro fenómeno llamativo del actual cine mexicano es la virtual desaparición del cine producido con ánimos mercachifles —el llamado cine de ficheras, albures, pistoleros fronterizos y similares— en favor del cine de cierta ambición. La escasa producción ha corrido a cargo de la instancia estatal, el Imcine, y otras compañías privadas, como Televisine y CIE, subsidiarias de Televisa y OCESA, respectivamente, bajo intereses distintos. De hecho, el único estreno del '99 evocador de los viejos tiempos ha sido *El baile*, un intento por explotar la popularidad de la música grupera, dirigido por José Luis Urquieta, veterano maquillador de este tipo de productos. La película resultó un fracaso pues sólo estuvo una semana en cartelera. (Curiosamente, la participación del actor Rafael Inclán no deja de ser emblemática. Como se sabe, Inclán fue uno de los intérpretes más solicitados por el cine popular de antaño, y en fechas recientes ha representado la transición hacia la calidad, al desempeñar papeles importantes en las últimas realizaciones de Ripstein, *El evangelio de las maravillas* y *El coronel no tiene quien le escriba*.)

De mantenerse esa tendencia, es decir, el interés del público por títulos como *Sexo, pudor y lágrimas*, *La otra conquista* y *El coronel...*, por mencionar tres casos notables, es de suponer que otras compañías productoras se animarán a invertir en el cine mexicano. Los cientos y pico millones de pesos recaudados por la primera han sido contundentes para demostrar que dicha inversión puede rendir provechosas ganancias. Por lo mismo, la exhibición ha dejado de ser un problema. En años anteriores, cadenas de salas cinematográficas con inversión extranjera como Cinemark y Cinemex se mostraban renuentes a exhibir el material nacional, el cual se encontraba a la deriva después de la venta de la cadena paraestatal Operadora de Teatros. Ahora su actitud no es la misma. ¿Quién va a negarse a exhibir un producto capaz de meter más espectadores que *La amenaza fantasma*?

Todo lo anterior significa un momento decisivo para el cine mexicano. Los primeros años del nuevo milenio podrían ver su renacimiento, si las cosas marchan de una manera ideal. Seamos optimistas y supongamos que lo ocurrido este año será la norma. Eso se traduciría en un incremento de proyectos, sobre todo si entrasen en vigor necesarias medidas proteccionistas por parte del Estado que, por ejemplo, otorguen exenciones fiscales a quienes produzcan, distribuyan y exhiban cine mexicano.

A su vez, eso garantizaría el trabajo continuo de los cineastas de las diversas generaciones que, ante la escasa producción de los últimos años, han sido orillados a labores afines —filmar comerciales, hacer televisión— o, peor, al desempleo. Sería largo enumerar a todos los actores pero si algo ha demostrado el cine mexicano reciente es la existencia de un talento diverso, egresado en su mayoría de las dos escuelas de cine, el COC o el CUEC. Es imposible desarrollar un oficio y mantener una carrera si la oportunidad de dirigir una película se da cada tres o cuatro años en el mejor de los casos.

Otro apoyo serían las ventajas económicas ofrecidas por la nueva tecnología. Sucesos como el reciente Dogma danés confirman la posibilidad de producir películas de bajo costo, gracias sobre todo a la alternativa del video digital. Aún en proceso de perfeccionamiento, el video digital permite una satisfactoria calidad visual que puede ser transferida, sin perder mucha definición, a celuloide. El propio Arturo Ripstein ha experimentado con ese formato en su más reciente realización, *Así es la vida*, con un considerable ahorro de recursos. En poco tiempo se comprobará si éste es uno de los caminos a tomar.

La difusión del cine también se ha transformado por la ubicuidad del video. La recuperación económica de una película ya no depende exclusivamente de las salas teatrales. Ahora, la venta de sus derechos en favor de videoclubs, televisoras y transmisiones por cable o satélite es una opción significativa. Además, la televisión es tan voraz que exige una alimentación incesante de producto. Varias son las cines mexicanas que han encontrado a su público más numeroso a través de esos canales.

Esa situación ideal de un sistema de producción eficiente y a la vez modesto, combinado con una distribución y exhibición equitativas, sería mi fantasía para el futuro del cine mexicano. No es necesario llegar a la centena anual de títulos de tiempos pasados. Las cinematografías argentina y brasileña, las otras dos latinoamericanas de una larga y rica tradición, se han recuperado de sus respectivas crisis con la producción de un promedio de treinta películas al año. Ese incremento en México sería suficiente para volver a hablar de una industria. Y quizá contribuiría a mejorar el enrarecido ambiente entre cineastas, empresarios, funcionarios y críticos, siempre caracterizado por una actitud caníbal.

Claro que si se cumplen otros pronósticos —las profecías de Nostradamus, por ejemplo— nuestras preocupaciones serán otras. ♦